

que en la materia, el modo y el atributo son inherentes á la sustancia, contemporáneos de la sustancia; en la libertad, el modo es resultado de tres agentes, por decirlo así, exteriores: la esencia humana, las leyes del pensamiento, la educacion ó el ejercicio. La *gracia*, por fin, como su opuesto la *tentacion*, indica el hecho mismo de la determinacion de la libertad.

En resúmen, todas las ideas modernas sobre la educacion de la humanidad, no son más que una interpretacion, una filosofía de la doctrina católica de la gracia; doctrina que no pareció oscura á sus autores sino á consecuencia de sus ideas sobre el libre albedrío, que creian amenazado desde el punto en que se hablaba de la gracia ó de la fuente de sus determinaciones. Nosotros, por lo contrario, afirmamos que la libertad, indiferente por sí misma á toda clase de modalidades, pero destinada á obrar y á formarse con arreglo á un orden preestablecido, recibe su primer impulso de Dios, que le inspira el amor, la inteligencia, la fortaleza, la resolucion y todos los dones del Espíritu Santo, y luego la entrega al trabajo de la experiencia. Síguese de ahí, que la gracia es y no puede ménos de ser *premoviente*; que sin ella el hombre es incapaz de toda especie de bien; y que, sin embargo, el libre albedrío cumple espontáneamente, con reflexion y eligiendo los medios, su propio destino. No hay en todo esto ni contradiccion ni misterio. El hombre, como tal, es bueno; pero del mismo modo que el tirano pintado por Platon, que fué tambien un doctor de la gracia, el hombre lleva en su seno mil mónstruos que ha de vencer por el culto de la justicia y de la ciencia, la música, la gimnástica y todas las gracias de ocasion y de estado. Con corregir una definicion de San Agustín, toda esa doctrina de la gracia, famosa por las dispu-

tas que suscitó y dieron nacimiento á la Reforma, se presenta resplandeciente de claridad y de armonía.

Y ahora el hombre ¿es Dios?

Siendo Dios, segun la hipótesis teológica, el sér soberano, absoluto, altamente sintético, el yo infinitamente sabio y libre, y por consecuencia, indefectible y santo; es óbvio que el hombre, sincretismo de la creacion, punto de union de todas las virtualidades físicas, orgánicas, intelectuales y morales manifestadas por la creacion misma, perfectible y falible como es, no llena las condiciones de la Divinidad, cuya concepcion está en la naturaleza de su espíritu.

Ni es Dios, ni puede viviendo llegar á ser Dios.

Con ménos razon son Dios la encina, el leon, el sol, el universo mismo, escisiones de lo absoluto. De un solo golpe quedan destruidas la antropolatría y la fisiolatría.

Trátase ahora de hacer la contraprueba de la teoría que acabamos de exponer.

Hemos apreciado la moralidad del hombre desde el punto de vista de las contradicciones sociales. Vamos á apreciar á su vez y desde el mismo punto de vista la moralidad de la Providencia. En otros términos, Dios, tal como lo presentan á sus adoradores la especulacion y la fé, ¿es posible?

#### § II. Exposicion del mito de la Providencia. — Retrogradacion de Dios.

Los teólogos y los filósofos, entre las tres pruebas que acostumbran á dar de la existencia de Dios, ponen en primera línea el consentimiento universal.

He tomado en cuenta este argumento, cuando sin rechazarlo ni admitirlo me he preguntado: ¿Qué afirma el consentimiento universal cuando afirma la existencia de Dios? Y á propósito de esto debo recordar, que la diferencia de religiones no prueba que el

género humano haya errado al afirmar fuera de sí mismo un Yo supremo, como no prueba la diversidad de lenguas que no sea una realidad la razón. La hipótesis de Dios, lejos de debilitarse, se fortifica y se arraiga con la divergencia y la oposición de cultos.

Sácase otro género de argumento considerando el orden del mundo. He observado acerca de esto, que afirmando la naturaleza espontáneamente por la voz del hombre su propia división en espíritu y materia, faltaba saber si gobernaba y agitaba al universo un espíritu infinito, un alma del mundo, como nos dice la conciencia en su intuición oscura que anima un espíritu al hombre. Si pues, he añadido, fuese el orden un indicio infalible de la presencia del espíritu, no cabría dejar de reconocer la presencia de un Dios en el universo.

Desgraciadamente, ese *si* no está demostrado ni puede serlo. Porque por una parte el espíritu puro, concebido en oposición á la materia, es una entidad contradictoria, cuya realidad no es, por consiguiente, posible que nada acredite. Por otra parte, ciertos seres ordenados en sí mismos, como los cristales, las plantas y el sistema planetario, que en las sensaciones que nos hace experimentar no nos dan como los animales sentimiento por sentimiento, pareciéndonos, como nos parecen, del todo faltos de conciencia, no hay más razón para suponer un espíritu en el centro del mundo, que la habría para suponerlo en una barra de azufre; y puede muy bien suceder que si existe en alguna parte el espíritu, la conciencia, sea únicamente en el hombre.

Si el orden del mundo no puede con todo decirnos nada sobre la existencia de Dios, revela una cosa tal vez de no ménos precio que nos servirá de guía en nuestras investigaciones; y es que todos los seres, todas las esencias, todos los fenómenos están encade-

nados los unos á los otros por un conjunto de leyes que resultan de sus propiedades, conjunto á que en el capítulo III he dado el nombre de *fatalidad* ó de *necesidad*. Nada encontramos que nos repugne, por lo tanto, en suponer que existe una inteligencia infinita que abraza todo el sistema de esas leyes, todo el campo de la fatalidad; que á esa inteligencia infinita está íntimamente unida una voluntad suprema eternamente determinada por el conjunto de las leyes cósmicas, y es por consecuencia infinitamente poderosa y libre; que por fin esas tres cosas, fatalidad, inteligencia y voluntad, son contemporáneas en el universo, adecuadas la una á la otra é idénticas; pero aquí está precisamente la hipótesis, y ese antropomorfismo es el que falta demostrar.

Así, mientras que el testimonio del género humano nos revela un Dios, sin decir lo que ese Dios puede ser, el orden del mundo nos revela una fatalidad, es decir, un conjunto absoluto y perentorio de causas y efectos, en una palabra, un sistema de leyes que sería, si Dios existe, como lo visto y lo sabido de ese Dios.

La tercera y última prueba de la existencia de Dios propuesta por los devotos y llamada por ellos prueba metafísica, no es más que una construcción tautológica de las categorías, que no prueba absolutamente nada.

*Alguna cosa existe, luego existe alguna cosa.*

*Alguna cosa es múltiple, luego alguna cosa es una.*

*Alguna cosa sucede con posterioridad á alguna cosa, luego alguna cosa es anterior á alguna cosa.*

*Alguna cosa es más pequeña ó más grande que alguna cosa, luego alguna cosa es más grande que todas las cosas.*

*Alguna cosa es movida, luego alguna cosa es motriz, etc., etc., hasta lo infinito.*

Esto es lo que aún hoy en las facultades y en los seminarios, porque así lo quieren el señor ministro de Instrucción pública y los Reverendísimos Obispos, se llama hacer la prueba metafísica de la existencia de Dios. Esto es lo que la flor de la juventud francesa está condenada á repetir con sus profesores durante un año, so pena de renunciar á sus diplomas y de no poder estudiar el derecho, la medicina, la politecnia y las ciencias. Si algo debe en esto sorprendernos, es á buen seguro que con semejante filosofía no sea aún atea toda Europa. La subsistencia de la idea deísta al lado de la jerga de las escuelas, es el mayor de los milagros: constituye la más fuerte preocupación que puede alegarse en favor de la Divinidad.

Ignoro lo que la humanidad llama Dios.

No puedo decir si es preciso entender por esta palabra al hombre, al universo ó alguna otra realidad invisible; ó bien si esta palabra no expresa más que un ideal, un ente de razón.

Para dar, sin embargo, cuerpo á mi hipótesis y asidero á mis investigaciones, consideraré á Dios á la manera del vulgo, como un sér exclusivo, distinto de la creación, presente en todas partes, dotado de una vida imperecedera y de una ciencia y una actividad infinitas; pero sobre todas las cosas previsor y justo, que recompensa la virtud y castiga el vicio. Dejaré á un lado la hipótesis panteísta como hija de la hipocresía y de falta de corazón. Dios, ó es personal ó no existe: esta alternativa es el axioma de que deduciré toda mi teodicea.

Trátase, pues, ahora para mí, sin preocuparme de las cuestiones que podrá suscitar más tarde la idea de Dios, de saber en vista de los hechos, cuya evolución en la sociedad tengo ya demostrada, qué debo pensar de la conducta de Dios, tal como se me la pre-

senta y con relación á la humanidad. En una palabra, voy á sondear el Ser Supremo bajo el punto de vista de la existencia demostrada del mal y con ayuda de una nueva dialéctica.

El mal existe: sobre este punto parece estar ya de acuerdo todo el mundo.

Ahora bien, los estóicos, los epicúreos, los maniqueos, los ateos, han preguntado: ¿cómo es posible conciliar la existencia del mal con la idea de un Dios soberanamente bueno, sabio y poderoso? ¿Cómo luego, habiendo Dios dejado que el mal se introdujera en el mundo, bien por impotencia, bien por negligencia, bien por mala voluntad, ha podido hacer responsables de sus actos á criaturas que él mismo había creado imperfectas y exponía así á todos los peligros de sus apetitos? ¿Cómo, por fin, puesto que promete á los justos para después de la muerte una bienaventuranza inalterable, ó en otros términos, puesto que nos da la idea y el deseo de la felicidad, no nos la hace gozar en esta vida, sustrayéndonos á las tentaciones del mal en vez de exponernos á eternos suplicios?

Tal es en su antiguo tenor la protesta de los ateos.

Hoy no es mucho lo que se disputa: no inquietan ya á los deístas las imposibilidades lógicas de su sistema. Se quiere un Dios, sobre todo una Providencia: se hacen en esto concurrencia radicales y jesuitas. Los socialistas predicán en nombre de Dios la dicha y la virtud: en las escuelas, los que más alto hablan contra la Iglesia son los primeros místicos.

Los antiguos deístas se mostraban más cuidadosos y solícitos por su fe. Se esforzaban, si no en demostrarla, á lo ménos en razonarla, comprendiendo perfectamente, al revés de sus sucesores, que para el creyente no hay, fuera de la certidumbre, dignidad ni reposo.

Los Padres de la Iglesia contestaron, pues, á los incrédulos que el mal no es sino la *privacion de un bien mayor*, y que razonando siempre sobre lo *mejor*, no se tiene punto de apoyo en qué fijarse, lo cual conduce directamente á lo absurdo. Siendo en efecto toda criatura necesariamente limitada é imperfecta, Dios, por su poder infinito, puede ir aumentando sin cesar sus perfecciones: bajo este punto de vista hay siempre, en mayor ó menor grado, privacion de bien en las criaturas. Recíprocamente, por imperfecta y limitada que se la suponga, desde el momento en que la criatura existe, goza de cierto grado de bien, mejor para ella que la nada. Luego si es de regla que el hombre no sea reputado bueno sino en cuanto haga todo el bien que pueda, no sucede lo mismo con Dios, puesto que la obligacion de hacer bien á lo infinito es contradictoria con la facultad misma de crear, siendo perfeccion y criatura dos términos que necesariamente se excluyen. Dios, pues, era el único juez del grado de perfeccion que convenia dar á cada criatura: intentar bajo este punto de vista acusarle, es calumniar su justicia.

En cuanto al pecado, es decir, al mal moral, tenian los Padres para responder á las objeciones de los ateos las teorías del libre albedrío, la redencion, la justificacion y la gracia, sobre las cuales no tenemos ya que añadir una palabra.

No sé que los ateos hayan replicado de una manera categórica á esa teoría de la imperfeccion esencial de la criatura, teoría reproducida con brillo por el Sr. de Lamennais en su *Bosquejo*. Era en efecto imposible que contestasen, porque razonando sobre una falsa concepcion del mal y del libre albedrío, é ignorando profundamente las leyes de la humanidad, carecian igualmente de razones, tanto para triunfar de sus propias dudas, como para refutar á los creyentes.

Salgamos de la esfera de lo finito y de lo infinito, y coloquémonos en el terreno de la concepcion del orden. ¿Puede Dios hacer un círculo redondo y un cuadrado de ángulos rectos?—Seguramente.

¿Seria Dios culpable si despues de haber creado el mundo segun las leyes de la geometría, nos hubiese metido en el entendimiento ó nos hubiese dejado creer, sin culpa de nuestra parte, que un círculo puede ser cuadrado ó un cuadrado circular, cuando de esa falsa opinion no podia ménos de resultar para nosotros una incalculable serie de males?—Sin duda alguna.

¡Pues bien! esto es justamente lo que ha hecho en el gobierno de la humanidad Dios, el Dios de la Providencia: de esto le acuso. Sabia desde la eternidad, puesto que despues de seis mil años de dolorosa experiencia, nosotros mortales lo hemos descubierto, que el orden en las sociedades, es decir, la libertad, la riqueza, la ciencia, se realiza por medio de la conciliacion de ideas contrarias, que tomadas cada una en particular por absolutas, debian precipitarnos á un abismo de miseria: ¿por qué no nos lo ha advertido? ¿por qué no ha rectificado desde un principio nuestro juicio? ¿por qué nos ha abandonado á nuestra lógica imperfecta, sobre todo cuando nuestro egoismo debia prevalerse de ella para sus injusticias y sus actos de perfidia? Sabia, ese Dios celoso, que entregándonos á los azares de la experiencia, no habíamos de encontrar sino muy tarde esa seguridad de la vida que constituye nuestra ventura: ¿por qué no ha debido acortar ese largo aprendizaje revelándonos nuestras propias leyes? ¿por qué en vez de fascinarnos con opiniones contradictorias, no ha alterado el orden de nuestra experiencia, haciéndonos pasar por via de análisis de las ideas sintéticas á las antinomias, en vez de dejarnos subir penosamente la

escarpada cuesta que va de la antinomia á la síntesis?

Si, como ántes se creía, el mal que sufre la humanidad procediese tan sólo de la imperfeccion inevitable en toda criatura, ó por mejor decir, si ese mal no tuviese otra causa que el antagonismo de las virtualidades ó inclinaciones que constituyen nuestro sér, y la razon debe enseñarnos á sojuzgar y dirigir, no tendríamos el menor derecho á quejarnos. Siendo nuestra condicion la que podia ser, Dios estaria justificado.

Pero ante esa ilusion voluntaria de nuestro entendimiento, ilusion que era tan fácil disipar y cuyos efectos debian ser tan terribles, ¿dónde está la excusa de la Providencia? ¿No es verdad que aquí ha faltado al hombre la gracia? Dios, á quien representa la fe como un padre tierno y un señor amoroso y comedido, nos entrega á la fatalidad de nuestras incompletas concepciones, abre un foso bajo nuestras plantas, nos hace andar ciegos, y luego, á cada caida que damos, nos castiga como malos. ¿Qué digo? no parece sino que á pesar suyo llegamos al fin, magullados del viaje, á reconocer nuestro camino, como si ofendiéramos su gloria llegando á ser, por las pruebas que nos impone, más inteligentes y más libres. ¿Para qué necesitamos, por lo tanto, recurrir incesantemente á la divinidad, ni qué nos quieren esos satélites de una Providencia que con mil religiones nos engaña y nos desvía de nuestra senda hace sesenta siglos?

¡Cómo! ¡Dios, por sus mandaderos y por la ley que ha puesto en nuestros corazones, nos ordena que amemos al prójimo como á nosotros mismos; que hagamos para otro lo que para nosotros quisiéramos que hiciese; que demos á cada uno lo que le es debido; que no defraudemos el salario del obrero; que

no prestemos con usuras: sabe por otra parte que nuestra caridad es tibia, que nuestra conciencia vacila sin tregua, que el menor pretexto nos parece una razon suficiente para eximirnos del cumplimiento de nuestras leyes; y con semejantes disposiciones, nos mete en las contradicciones del comercio y de la propiedad, donde es teóricamente fatal que perezcan la caridad y la justicia! ¡En vez de iluminar nuestra razon sobre el alcance de los principios que se le imponen con todo el imperio de la necesidad, principios cuyas consecuencias, adoptadas por el egoismo, son fatales para la fraternidad humana, pone esa razon engañada al servicio de nuestras pasiones; destruye en nosotros, por medio de la seducion del espíritu, el equilibrio de nuestra conciencia; justifica á nuestros propios ojos nuestras usurpaciones y nuestros actos de avaricia; hace inevitable, legítima, la separacion entre el hombre y el hombre; crea entre nosotros la division y el ódio, haciendo imposible la igualdad por el trabajo y el derecho; nos hace creer que esa igualdad, ley del mundo, es injusta entre los hombres, y luego nos proscribimos en masa por no haber sabido practicar sus incomprendibles preceptos! Creo haber probado, es cierto, que no nos justifica el abandono de la Providencia; mas cualquiera que sea nuestro crimen, no somos ante ella culpables; y si hay un sér que ántes que nosotros y más que nosotros haya merecido el infierno, preciso es que le nombre, es Dios.

Cuando los deistas, para establecer su dogma de la Providencia, alegan como prueba el órden de la naturaleza, aunque este argumento no sea más que una peticion de principio, no cabe decir á lo ménos que sea contradictorio ni que el hecho alegado desmienta la hipótesis. Nada, por ejemplo, en el sistema del mundo revela la más pequeña anomalía, la más

ligera imprevision, de la cual quepa conjeturar algo contra la idea de un motor supremo, inteligente, personal. En una palabra, si el orden de la naturaleza no prueba la realidad de una Providencia, por lo ménos no la contradice.

Otra cosa sucede en el gobierno de la humanidad. Aquí el orden no empieza á existir al mismo tiempo que la materia: no ha sido, como en el sistema del mundo, creado de una vez y por toda una eternidad. Se desarrolla por grados segun una serie fatal de principios y de consecuencias que el mismo sér humano, el sér que se trataba de ordenar, debe ir deduciendo espontáneamente por su propia energía, y solicitado por la experiencia. Nada le ha sido revelado sobre este punto. El hombre está sometido desde su origen á una necesidad préviamente establecida, á un órden absoluto é irresistible; pero ese órden, para que se realice, es preciso que el hombre lo descubra; esa necesidad, para que exista, es preciso que el hombre la adivine. Ese trabajo de invencion podria ser abreviado: nadie en el cielo ni en la tierra vendrá á socorrer al hombre; nadie le instruirá. La humanidad, durante centenares de siglos, devorará sus generaciones; se extenuará en la sangre y en el fango, sin que el Dios que adora venga una sola vez á iluminar su razon ni á abreviar su prueba. ¿Dónde está aquí la accion divina? ¿Dónde está la Providencia?

«*Si Dios no existiese*, es Voltaire, el enemigo de las religiones, el que habla, *seria preciso inventarle*. —¿Por qué?— Por que, añade el mismo Voltaire, si tuviese que entendermelas con un príncipe ateo que tuviese interés en hacerme machacar en un almirez, estoy seguro de que seria machacado.» ¡Extraña aberracion de un grande espíritu! Y si tuviese V. que entenderse las con un príncipe devoto á quien su con-

fesor mandara de parte de Dios quemarle á V. vivo, ¿no estaria V. seguro de ser quemado? ¿Olvida usted, pues, V. antecristo, la inquisicion, y las escenas de San Bartolomé, y la hogueras de Vanini y de Bruno, y los tormentos de Galileo, y el martirio de tantos libres pensadores?... No venga V. á distinguir aquí entre el uso y el abuso, porque le replicaré á usted, que de un principio místico y sobrenatural, de un principio que lo abraza todo, que lo explica todo, que lo justifica todo, como la idea de Dios, todas las consecuencias son legítimas, y el único juez de la oportunidad es el buen celo del creyente.

«He creido en otro tiempo, dice Rousseau, que se podia ser hombre honrado y prescindir de Dios; pero he salido de mi error.» El mismo razonamiento en el fondo que el de Voltaire, la misma justificacion de la intolerancia. El hombre hace el bien, y no se abstiene del mal sino por la consideracion de una Providencia que le vigila. ¡Anatema sobre los que la niegan! Y para colmo de sinrazon, el mismo hombre que reclama así para nuestra virtud la sancion de una divinidad remuneradora y vengadora, es el que entona como dogma de fe la bondad natural del hombre.

Y yo digo: el primer deber del hombre inteligente y libre, es echar incesantemente la idea de Dios de su espíritu y de su conciencia. Porque Dios, si existe, es esencialmente hostil á nuestra naturaleza, y nosotros no dependemos en modo alguno de su autoridad. Nosotros llegamos á la ciencia á pesar suyo; al bienestar á pesar suyo, á la sociedad á pesar suyo: cada uno de nuestros progresos es una victoria en la cual aplastamos la Divinidad.

Que no se diga ya: los vias de Dios son impenetrables. Las hemos penetrado esas vias y hemos leido en ellas en caractéres de sangre las pruebas de la

impotencia, si ya no de la mala voluntad de Dios. Mi razon, por largo tiempo humillada, se levanta poco á poco al nivel de lo infinito: con el tiempo descubrirá todo lo que le oculta aún su inexperiencia: con el tiempo seré de cada dia ménos artesano de desdichas, y con las luces que haya adquirido y la sucesiva perfeccion de mi libertad, me purificaré, idealizaré mi sér y llegaré á ser el jefe de la creacion, el igual de Dios. El menor instante de desórden que el Todopoderoso hubiese podido impedir y no ha impedido, es un cargo contra la Providencia, y prueba falta de sabiduría; el menor progreso hácia el bien que ha realizado el hombre ignorante, abandonado y vendido, le honra sin medida. ¿Con qué derecho me diria Dios: *Sé santo, porque yo soy santo?* Espíritu embustero, le contestaria yo, Dios imbécil, tu reinado ha concluido: busca entre las bestias otras víctimas. Sé que ni soy ni podré jamás llegar á ser santo; ¿ni cómo lo habrias de ser tú si te me pareces? Padre Eterno, Júpiter ó Jehová, hemos aprendido á conocerte: tú eres, tú has sido, tú serás siempre el rival de Adan, el tirano de Prometeo.

Así yo no caigo en el sofisma refutado por San Pablo, cuando prohíbe al jarro que diga al alfarero: ¿Por qué me fabricaste de esta suerte? Yo no me quejo al autor del mundo de que haya hecho de mí una criatura inarmónica, un incoherente conjunto: yo no podia existir sino con esta condicion. Yo me contento con gritarle: ¿Por qué me engañas? ¿Por qué con tu silencio has desencadenado en mí el egoísmo? ¿Por qué me has sometido al tormento de la duda universal con la amarga ilusion de las ideas antagonistas que has puesto en mi entendimiento? Duda de la verdad, duda de la justicia, duda de mi conciencia y de mi libertad, duda de tí mismo, oh Dios; y como consecuencia de esa duda, necesidad de

la guerra conmigo mismo y con mi prójimo. Esto es, Padre Supremo, lo que has hecho por nuestra felicidad y por tu gloria; estos fueron desde un principio tu voluntad y tu gobierno, este es el pan, amasado con sangre y lágrimas, de que nos has alimentado. Las faltas cuyo perdon te pedimos, tú nos las has hecho cometer; los lazos de que te pedimos ansiosamente que nos libres, tú nos los has tendido; y el Satanás que nos asedia, ese Satanás eres tú.

Tú triunfabas, y nadie se atrevia á contradecirte, cuando despues de haber atormentado en su cuerpo y en su alma al justo Job, figura de nuestra humanidad, insultabas su piedad cándida y su ignorancia discreta y respetuosa. Éramos como nádas ante tu majestad invisible, á quien dábamos por dosel el cielo y por escabel la tierra. Y ahora héte aquí destronado y aniquilado. Tu nombre, que fué por tanto tiempo la última palabra del sabio, la sancion del juez, la fuerza del príncipe, la esperanza del pobre, el refugio del culpable arrepentido; pues bien, ese nombre ántes incomunicable y condenado ya hoy al desprecio y al anatema, será silbado entre los hombres. Porque Dios es necedad y bajeza, Dios es hipocresía y mentira, Dios es tiranía y miseria, Dios es el mal. En tanto que la humanidad se incline ante un altar, esclava de los reyes y de los sacerdotes, será la humanidad reprobada; en tanto que un hombre en nombre de Dios reciba el juramento de otro hombre, estará la humanidad fundada en el perjurio; y la paz y el amor serán desterrados de entre los mortales. ¡Atrás, oh Dios! porque curado desde hoy del temor que te tuve, y más cauto de lo que ayer fuí, juro con la mano extendida al cielo que no eres sino el verdugo de mi razon, el espectro de mi conciencia.

Niego por lo tanto la supremacía de Dios sobre la humanidad; rechazo su gobierno providencial, cuya

falta de existencia está suficientemente acreditada por las alucinaciones metafísicas y económicas de la humanidad; en una palabra, por el martirio de nuestra especie; declino la jurisdicción del Ser Supremo sobre el hombre; le quito sus títulos de padre, de rey, de juez, de bueno, de clemente, de misericordioso, de caritativo, de remunerador, de vengador. Todos esos atributos de que se compone la idea de Providencia, no son más que una caricatura de la humanidad, inconciliable con la autonomía de la civilización, y además desmentida por la historia de sus aberraciones y de sus catástrofes. Mas porque Dios no puede ser ya concebido como Providencia, porque le quitamos ese atributo tan importante para el hombre, que no ha vacilado en hacerle sinónimo de Dios, ¿se sigue de ahí que Dios no exista y esté ya demostrada la falsedad del dogma teológico en cuanto á la realidad de su contenido?

¡Ah! no. Acabamos de destruir una preocupacion relativa á la esencia divina y de consignar á la vez la independencia del hombre: no hemos hecho más. La realidad del Ser Divino ha quedado fuera de todo ataque, y nuestra hipótesis subsiste siempre. Al demostrar con motivo de la Providencia lo que era imposible que Dios fuese, hemos dado un primer paso en la determinacion de la idea de Dios: se trata ahora de saber si ese primer dato está de acuerdo con lo que de la hipótesis queda, y por consiguiente, de determinar bajo el mismo punto de vista de la inteligencia lo que Dios es, si es.

Porque así como despues de haber dejado consignada la culpabilidad del hombre bajo la influencia de las contradicciones económicas, hemos debido dar razon de esa culpabilidad, so pena de dejar mutilado al hombre y no haber hecho de él más que una despreciable sátira; despues de haber reconocido la qui-

mera de una Providencia en Dios, hemos de indagar cómo se concilia esa falta de Providencia con la idea de una inteligencia y de una libertad supremas, so pena de faltar á la hipótesis propuesta, hipótesis que nada nos prueba aunque sea falsa.

Afirmo, pues, que Dios, si Dios hay, no se parece en nada á las efigies que de él nos han dado los sacerdotes y los filósofos; que no piensa ni obra segun la ley de análisis, de precision y de progreso, que es el rasgo distintivo del hombre; que por lo contrario, parece más bien seguir una marcha inversa y retrógrada; que la inteligencia, la libertad y la personalidad en Dios están constituidas de otro modo que en nosotros: y que esa originalidad de naturaleza perfectamente motivada, hace de Dios un sér esencialmente anti-civilizador, anti-liberal, anti-humano.

Probaré mi proposicion yendo de lo negativo á lo positivo, es decir, deduciendo la verdad de mi tésis del progreso de las objeciones.

1.º Dios, dicen los creyentes, no puede ser concebido sino como infinitamente bueno, infinitamente sabio, infinitamente poderoso, etc.: la letanía toda de los infinitos. Es así que la infinita perfeccion no puede conciliarse con la idea de una voluntad indiferente ó reaccionaria para el progreso; luego ó Dios no existe, ó la objecion sacada del desarrollo de las antimonias no prueba sino la ignorancia en que estamos de los misterios de lo infinito.

Respondo á esos argumentadores, que si para legitimar una opinion completamente arbitraria basta apelar á lo insondable de los misterios, tanto me importa el misterio de un Dios sin Providencia, como el de una Providencia sin eficacia. Mas en presencia de los hechos, no cabe invocar semejante probabilismo: fuerza es atenerse á la deduccion positiva de la experiencia. Ahora bien, la experiencia y los he-